



Estudios de Asia y África

ISSN: 0185-0164

reaa@colmex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

López Franco, Yolanda

El sistema antroponímico de los hijos de inmigrantes de origen arabomusulmán en el sur de Francia,  
durante la segunda mitad del siglo XX

Estudios de Asia y África, vol. XXXVIII, núm. 3, septiembre-diciembre, 2003, pp. 617-655

El Colegio de México, A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58638305>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## EL SISTEMA ANTROPONÍMICO DE LOS HIJOS DE INMIGRANTES DE ORIGEN ARABOMUSULMÁN EN EL SUR DE FRANCIA, DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

YOLANDA G. LÓPEZ FRANCO

*Universidad Nacional Autónoma de México. Campus Acatlán*

Antes de entrar directamente en materia, quisiera hacer una breve introducción a la situación sociolingüística de los países arabohablantes y a la lengua árabe como tal, dado que no es muy familiar para los lectores mexicanos, a pesar de ser la segunda fuente de formación léxica del español, justo después del latín: no en vano permanecieron árabes y musulmanes tantos siglos en la península Ibérica.

### Las lenguas árabes

El contacto de las lenguas árabes en los países en que se emplean es un problema complejo que merece un estudio particular. Aquí sólo esbozaremos algunos de sus rasgos.

La razón por la cual nos referimos a las lenguas árabes en plural es porque los hablantes se enfrentan efectivamente a varios sistemas coexistentes: por una parte está la lengua hablada y, por otra, la lengua escrita y de los medios de comunicación colectiva. Se trata de una situación de diglosia generalizada en la medida en que los hablantes acceden a la cultura “académica” o institucional, pues son en realidad dos lenguas diferentes. Una persona que sabe reconocer únicamente los valores de las letras del alfabeto no es capaz de comprender un texto escrito;

---

Este artículo fue recibido por la dirección de la revista el 1 de agosto de 2002 y aceptado para su publicación el 26 de septiembre de 2002.

podrá acceder posiblemente a una parte del sentido en el caso, poco común, de que el texto contenga los diacríticos que permiten la notación de las vocales breves, ausentes de los documentos normales, como los artículos de prensa, las señales de tránsito o los letreros en la calle. Un hispanohablante que se hallara en la misma situación hipotética —no reconocer más que las realizaciones orales de los grupos grafemáticos— es más autónomo, ya que podría desarrollar sus competencias en la lecto-escritura por sus propios medios. Un arabohablante nativo no es capaz de ello porque la lengua escrita es una lengua bastante diferente de la que él habla.

El árabe escrito es la lengua de prestigio, lengua de cultura y lengua sagrada. Las lenguas habladas, diferentes entre sí según la región geográfica —ya sea en Irak, en la Palestina árabe, en Medio Oriente, en Egipto, en Sudán, en Libia, en el Maghreb o en Mauritania—, presentan grados de intercomprensión igualmente diversos y son tenidas por mucho menos importantes (de hecho, se les llama “dialectos”, con la carga un tanto peyorativa que tal palabra implica en el uso general no especializado). Se observa también una jerarquización que favorece a las que se hablan en los centros de irradiación cultural, de tal manera que, por ejemplo, los habitantes de los pueblos marroquíes apartados donde la electricidad permite encender una televisión, comprenden parcialmente el árabe egipcio, usual en las telenovelas o en las películas.<sup>1</sup>

Los dos grupos principales de lenguas árabes son el de Oriente (Mashreq) y el de Occidente (Maghreb). A esto hay que agregar el hecho de que porciones relativamente importantes de la población hablan lenguas de sustrato, las beréberes entre otras, en Marruecos, Argelia, y menos en Túnez y Libia.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> En cambio, las novelas latinoamericanas son dobladas al árabe clásico. No hay que quedarse, pues, con la impresión de que el árabe clásico no se habla ni de que es totalmente incomprensible para los no letrados. Como se puede ver, es la lengua de los *mass-media*: los programas de radio y televisión, las canciones de ciertas estrellas se producen en esta lengua. Incluso algunos piensan que para ser realmente conocido y comprendido en todos los países del mundo árabe, más vale escoger la lengua clásica. Por otro lado, se llegan a encontrar textos escritos en el árabe local de determinado país, pero son extremadamente raros y no son considerados como “serios”: textos satíricos, por ejemplo, tenidos en poca cosa.

<sup>2</sup> Cohen, 1988, 1295. Este autor recuerda que a finales de los años 1960 en Argelia, un tercio de la población era bereberohablante y que, en las montañas marroquíes,

A pesar de este panorama fragmentado,<sup>3</sup> la cohesión del mundo árabe es fuerte gracias precisamente a la lengua escrita, que es común del Golfo Pérsico al océano Atlántico y de Siria a Sudán. Esta lengua, llamada “árabe clásico” o “árabe literal”, comprende una lengua literaria (lengua del Corán y de la literatura de la Edad Media) y la lengua estándar moderna,

que es el desarrollo de esta lengua literaria adaptada a las necesidades modernas bajo la influencia de los usos sirolibaneses y, sobre todo ahora, egipcios. Pero hay que subrayar que el Estado antiguo, del cual, por otra parte, el nuevo no se diferencia más que en el plano léxico (y en una medida muchísimo menor, sintáctico), lejos de ser considerado como un estadio acabado o superado, permanece a menudo como la norma a la que se busca acercarse...<sup>4</sup>

Esta diglosia parece haber existido desde el origen pues los primeros textos escritos en árabe, que datan del siglo VI, están escritos en una lengua común (koiné), que empleaban los poetas del periodo preislámico de Arabia Central y Oriental. Se considera actualmente que la lengua del Corán es un arreglo entre esta koiné y el habla de La Meca. Así, desde el principio, el árabe existió bajo dos formas: por una parte la lengua escrita, codificada en las gramáticas de los siglos VII y VIII y caracterizada por la regularidad esquemática del conjunto gramatical [...] y, por otra parte, el árabe hablado, representado por un número considerable de dialectos muy diferentes del árabe clásico.<sup>5</sup>

Se podría uno preguntar si este último sistema lingüístico podría sufrir una fragmentación similar a la del latín, que dio lugar a las lenguas romances contemporáneas. Si en la práctica

---

la proporción se elevaba a cerca de la mitad. Las lenguas beréberes están sometidas a la presión constante del árabe, cuya influencia han sufrido. El autor agrega que el bilingüismo beréber/árabe es observable en Argelia sobre todo entre los hombres, así como en los enclaves tunecinos. No proporciona información acerca de los bereberohablantes marroquíes.

<sup>3</sup> Y no se ha hecho mención de la verdadera dialectalización que opone, por ejemplo, el árabe hablado en la región de Tánger, muy influido en el plano léxico por el español, a las hablas de Rabat, Casa Blanca o Marrakech, en el Marruecos contemporáneo...

<sup>4</sup> La traducción es mía. Cohen, 1968, 1295-1297.

<sup>5</sup> Sala y Vintilă-Rădulescu, 1984, p. 40. La traducción es mía. La formación de la lengua es mucho más antigua: los primeros testimonios corresponden a unos cuarenta nombres propios semíticos que figuran en varios textos asirios de los siglos VIII y VII a.C.

oral cotidiana esto ya sucedió, en lo que respecta a la producción de textos escritos, en opinión de numerosos arabohablantes, tal cosa parece poco probable. Por una parte, porque el árabe clásico es la lengua del Corán, empleada por el mundo musulmán en su totalidad —del cual, no hace falta quizá recordarlo, los árabes no son más que una parte—, lengua que no se tiene derecho a tocar (todos los musulmanes rezan sus plegarias en árabe, no importa si son indonesios, azeríes, paquistaníes, malgaches, iraníes, turcos...). Por otra parte, porque las lenguas árabes que no tienen escritura son cada vez más influidas por la lengua clásica que, como se acaba de decir, es el modelo de perfección al que se aspira. Pero ¿quién habría podido creer en la Edad Media europea que el latín iba a ser desplazado por las lenguas vernáculas, incluso en los usos litúrgicos?

El árabe ocupa actualmente el sexto lugar en el mundo por el número de sus hablantes (cerca de 200 millones, detrás del español y del ruso) y es una de las lenguas de trabajo de la ONU desde 1974.<sup>6</sup> Su alfabeto ha servido para escribir numerosas lenguas incluso no emparentadas con él, como el turco, el farsi, el malayo o el wolof, habladas por pueblos musulmanes no arabohablantes, y su influencia se refleja también en los sistemas antroponímicos de estos pueblos, como se verá más adelante. Algunas de esas lenguas, ricas en vocales, cambiaron posteriormente de escritura pues el alfabeto árabe no se adaptaba a ellas.

En efecto, se trata de una lengua con vocalismo restringido (3 vocales, /a, i, u/, en que la cantidad vocálica tiene un valor fonológico), y con un consonantismo rico (28 consonantes y 29 letras, sin contar los diacríticos). Algunos de esos sonidos consonánticos no existen en la mayor parte de las lenguas indoeuropeas, en particular 6 laringales, transcritos tradicionalmente como *q*, *kh*, *ḡ*, *h* y *'*; así como 4 consonantes enfáticas: *t*, *ḏ*, *s* y *z*, cuya fuerte articulación influencia el timbre de las vocales vecinas.<sup>7</sup> Tales fonemas son potencialmente suscep-

<sup>6</sup> Sala y Vintilă-Rădulescu, 1984, p. 39 y Malherbe, 1995, p. 223. Como se acaba de hacer notar, se asimila a menudo lengua y religión, pero no hay que olvidar que si todos los musulmanes no son árabes, todos los árabes no son tampoco musulmanes.

<sup>7</sup> Esta es la transcripción y la nomenclatura de los arabistas (cf. por ejemplo, Blachère, 1985, pp. 9 y ss.). La de la Asociación Fonética Internacional las separa en

tibles de reinterpretación por parte de hispano o francohablantes y plantean problemas de transcripción en lo concerniente a los nombres “de pila”, como veremos más adelante. En cambio, fonemas comunes en muchas lenguas, /v, p, g, ks/, no existen en árabe clásico, aunque a veces se los encuentra en los árabes locales.<sup>8</sup>

El número reducido de fonemas vocálicos conlleva la posibilidad de una amplia paleta de alófonos para cada uno de ellos; por consiguiente, sólo cuando la realización oral se acerca muy fuertemente a los “extremos” del triángulo vocálico, el riesgo de oposición semántica se presenta. El contorno consonántico, así como la posición en la cadena hablada, son los dos factores que determinan el timbre de las vocales fundamentales; pero el origen geográfico y los hábitos articulatorios de los hablantes tienen igualmente un papel en él. Como se dijo anteriormente, se escriben en árabe sólo las consonantes y las vocales largas (las únicas en ser consideradas como verdaderas letras); la vocalización breve se realiza en el momento de la lectura pero no se anota, salvo en casos excepcionales como, por ejemplo, en los textos escolares destinados al aprendizaje de la lengua, o en el Corán, cuya lectura fue fijada desde el inicio y debe ser preservada tal como fue recibida. La lecto-escritura se efectúa de derecha a izquierda, al contrario del español. En la realización oral del árabe estándar moderno se observan di-

---

velares, uvulares y faringales, mientras que las consonantes enfáticas son consideradas como articulaciones velarizadas o faringalizadas (ya N. S. Trubetskoy las designaba como velarizaciones enfáticas; *apud* Dubois, 1994, pp. 176-177). Con el fin de evitar la dificultad que puede acarrear la utilización del alfabeto fonético internacional (AFI), cuyos caracteres son a veces poco transparentes para un lector no familiarizado con la lengua árabe, decidí emplear una transcripción simplificada, hecha a partir de la que los orientistas emplean, menos precisa desde el punto de vista de la fonética lingüística, pero que restringe el número de caracteres especiales por introducir en esta presentación. (v. *infla.*)

<sup>8</sup> Es la razón por la que se transcribe en la prensa el nombre del premio Nobel de literatura de 1988 Naguib Mahfuz, y no Najib < /\*naʒīb/, como lo prescribiría el árabe clásico. Él es egipcio y en el árabe de su país la letra *jīm* se lee como /g/. En ciertas zonas de Argelia se realiza la misma letra como una africada /dʒ/, probablemente por influencia del sustrato beréber; mientras que en Marruecos y Túnez se conserva la pronunciación tradicional (fricativa post-alveolar sonora), como la *j* inicial de *jour* en francés. Es interesante observar que en el artículo dedicado al escritor en *Le nouveau dictionnaire des auteurs* (t. II, pp. 2001-2002), se respetan las transcripciones del árabe clásico, y se escribe *Najib Mahfūz*.

ferencias según los usos de cada país pero, como se ha dicho, es una y la misma lengua en todas las naciones mencionadas.

Al igual que en español, en árabe existe el acento tónico; la sílaba acentuada es la primera sílaba larga que se encuentra a partir del final de la palabra. Cuando no hay, el acento prosódico se coloca en la sílaba inicial de la palabra. Esta lengua semítica tiene una flexión nominal en tres casos: nominativo, acusativo y genitivo (también son llamados “caso sujeto”, “caso directo o régimen” y “caso indirecto”, pues las realidades que cubren son un poco diferentes de las que se pueden encontrar, por ejemplo, en latín); y una conjugación con dos aspectos verbales: perfectivo o acabado, con un modo, e imperfectivo o no acabado, con cuatro (indicativo, subjuntivo, enérgico y apocopado).<sup>9</sup>

El léxico árabe está morfológicamente estructurado según un sistema de raíces consonánticas y de esquemas. Las primeras expresan el núcleo del sentido léxico. Por ejemplo, *KTB* contiene la noción general de “escribir”. Esta base léxica, esta especie de “esqueleto” o “armazón” de la palabra va a generar por un procedimiento de derivación particular las verdaderas lexías de la lengua: *kataba* “escribir (él escribió)”, *iktataba* “suscribir”, *kâtib* “el que escribe, escritor”, *maktaba* “biblioteca, librería”, *maktab* “lugar donde se escribe, escritorio, oficina”, *kitâb* “libro”, *kutub* “libros”, *kutubî* “el de lo escrito, librero (persona)”, *maktûb* “lo que fue escrito, el destino”, etc. Este procedimiento consiste en agregar prefijos o sufijos, modificaciones vocálicas o geminación de una consonante radical. Todos estos cambios se hacen según esquemas fijos, especie de moldes léxicos mediante los cuales se produce la actualización lingüística de la raíz y se fija el sentido. Hay, así, esquemas de nombres de lugar, de acción, de tiempo, esquemas de adjetivos, de participios activo y pasivo, etc. El paradigma de las raíces es abierto, mientras que el de los esquemas es cerrado. Por consiguiente, cada palabra puede ser analizada en una raíz y un esquema. Todo arabohablante alfabetizado percibe con nitidez este sistema de

<sup>9</sup> Seguimos la nomenclatura de Blachère (1985, pp. 18-28 y 44-45). Sala y Vintilă-Rădulescu (1984: 39) hablan de tres aspectos: perfectivo, imperfectivo e imperativo. En el sistema verbal, igualmente, hay diferencias en las realidades lingüísticas que un término “conocido” recubre. Por ejemplo, el subjuntivo árabe no tiene los mismos usos ni valores que el subjuntivo español o francés.

derivación, de tal forma que en los diccionarios las entradas son las raíces y no las palabras. Si se quiere encontrar, por ejemplo, la palabra *madrassa* “escuela”, se debe buscar en *DRS* “estudiar”, no en la letra *mīm* (/m/). La mayor parte de las raíces árabes son de tres letras, pero las hay también de cuatro. Esta estructuración tan fuerte del vocabulario hace que los préstamos —la mayoría, muy antiguos— sean totalmente absorbidos por el sistema y reducidos a un esquema existente; su presencia bajo esta forma preestablecida determina una raíz que se volverá semánticamente “preñada”, lo que la hará potencialmente generadora de tantas palabras nuevas como haya esquemas cuyo sentido sea compatible con el de la raíz. Pero, por supuesto, se crearán efectivamente si los hablantes de la lengua las necesitan. Las lenguas árabes locales han dejado entrar, sin embargo, numerosos préstamos que han flexibilizado un poco la resistencia del árabe clásico. En África del norte provienen del sustrato beréber, de las lenguas romances (especialmente del francés), a veces de lenguas de África negra; en el Medio Oriente fueron tomados del siríaco, persa, turco o inglés. Entre los préstamos figuran también nombres “de pila”.

Conviene presentar otros dos hechos lingüísticos del árabe: el estado de anexión y la asimilación del artículo, puesto que se hallan en algunos nombres de persona muy frecuentes. El primero, de orden sintáctico, es el complemento adnominal, *’iḍāfa* en árabe. Se lo observa cuando un sustantivo (o un pronombre clítico o una frase) está subordinado a otro nombre; “resulta un tipo de ‘compuesto ocasional’ con un solo acento principal”.<sup>10</sup> Ejemplo: *kitābu l-mudarris* “el libro del profesor”, *Abdu l-lāh* “el servidor de Dios”.<sup>11</sup>

El último fenómeno al que se hará referencia es de orden morfofonológico. Consiste en la asimilación de la letra *lām*

<sup>10</sup> Cohen, 1968, p. 1320. La traducción es mía. El conjunto de las descripciones gramaticales aquí presentadas siguen este artículo, así como las obras de Sala y Vintilă-Rădulescu (1984), Malherbe (1995), Blachère (1985) y Kouloughli (1994).

<sup>11</sup> Hay que notar de paso que el artículo *’al-*, invariable y siempre ligado en la escritura al sustantivo que define, pierde su primera consonante (*hamza*, /’/, acompañada de *a* breve) por un fenómeno de ligadura (*liaison*), cuando no se encuentra en posición inicial absoluta. Esta consonante es remplazada por un diacrítico especial del código escrito, la *wasla*, y no queda del artículo más que la segunda consonante, /l/, en la realización oral.

(/l/) del artículo frente a la serie de fonemas dentales, líquidos, /ð/ y /n/, que se llaman tradicionalmente “letras solares” —cosa que no ocurre con todos los otros fonemas (“letras lunares”). Esta nomenclatura de los gramáticos árabes deriva del hecho de que las palabras “sol” y “luna” sirven de ejemplo: la /l/ del artículo se remplaza por el fonema inicial de la palabra a la que determina, que se vuelve de esta manera geminada; así, se dice /aðams/ “el sol”, pero /al-qamar/ “la luna”. En los nombres “de pila” de los materiales de la muestra analizada, se encuentran, v. g., *Abdesslam* < /\*<sup>c</sup>abdu s—salâm/ “servidor de la Paz” y *Abdelkarim* < /\*<sup>c</sup>abdu l-karîm/ “servidor del Generoso”.

Existen varios sistemas de transcripción de esta lengua semítica en caracteres latinos, pero ninguno es, a nuestro parecer, completamente satisfactorio. El más preciso es, por supuesto, el que ofrece el alfabeto fonético internacional (AFI), pero, como hemos dicho anteriormente, dado que el árabe es una lengua poco conocida por los hispanohablantes mexicanos, su empleo se vuelve un tanto críptico y habría que acompañarlo en todo momento de la descripción de los rasgos distintivos que definen cada fonema, uso poco práctico. Así, he optado por una transcripción híbrida, que se inspira de la de los orientalistas, con ligeras modificaciones debidas a un criterio de orden tipográfico. Es la que se usará desde ahora.

Carácter árabe	Nombre letra	Transcripción	Carácter árabe	Nombre letra	Transcripción
ء	hamza	ʾ	ض	dâd	d
ا	alif	â	ط	ṭâʾ	ṭ
ب	bâʾ	b	ظ	ẓâʾ	ẓ
ت	tâʾ	t	ع	ʿayn	ʿ
ث	ṭâʾ	ṭ	غ	ghayn	ḡ
ج	jîm	ǰ	ف	fâʾ	f
ح	ḥâʾ	ḥ	ق	qâf	q
خ	ḫâʾ	x	ك	kâf	k
د	dâl	d	ل	lâm	l
ذ	ḏâl	ḏ	م	mîm	m
ر	râʾ	r	ن	nûn	n
ز	zîn	z	ه	hâʾ	h
س	sîn	s	و	wâw	w/û
ش	šîn	ò	ي	yâʾ	j/î
ص	ṣâd	ṣ			

Hagamos, sin embargo, algunas precisiones. La /t̪/ es una fricativa interdental sorda (para la cual el AFI sugiere la letra griega *q*); su correspondiente sonora es /d̪/ (ð en el AFI —se las compara a la oposición de los fonemas iniciales de *thing* y *this* en inglés, es por ello que en la transcripción de los orientalistas se emplean los dígrafos *th* para la primera y *dh* para la segunda—; la velarización enfática de ésta es /ɟ/. Por otra parte, /x/ es la velar fricativa sorda que corresponde a la *jota* española, que los orientalistas transcriben con el dígrafo *kh*, mientras que /h/ es una fricativa glotal sonora, equivalente de la segunda consonante del inglés *behave*; la velarizada enfática es /ħ/, descrita como fricativa faringal o laringal sorda, según los diversos autores.<sup>12</sup> La correspondiente sonora de esta última es /ʕ/. /q/ es una oclusiva uvular o “trasera glotal” sorda; mientras que *k* es el fonema /k/ del español. /ʁ/ es diferente de /r/, la primera es lo que se conoce comúnmente como “r francesa” (fricativa uvular sonora), mientras que la segunda es la *r* del español (vibrante alveolar sonora). Se encuentran las dos juntas en la palabra *Maghreb* (“lugar donde el sol se pone, Occidente”), pues en la transcripción tradicional, *ʁ* se escribe con el dígrafo *gh*, que conservamos en el nombre de la letra en el cuadro. La /ʔ/ es una oclusiva glotal sorda, realizada como un simple corte glotal o un “ataque vocálico”, similar a la pronunciación “enérgica” o “enfática” (en el sentido corriente de las palabras) de la *a* en *¡habla!*, cuando se encuentra en posición inicial absoluta. /ʕ/ fue tomada del AFI y es el fonema que algunas lenguas transcriben con *ṣ* —carácter que conservamos para el nombre de la letra—; es el fonema inicial de *shine* en inglés o *Xola* en el español de México, es decir, una fricativa palatal sorda, opuesta por este último rasgo a /ʒ/, que existe en el francés *jour* —razón por la cual conservamos la *j* al principio del nombre de la letra. El acento circunflejo sobre una vocal significa que es larga;

<sup>12</sup> Para percibir la diferencia entre estas dos últimas, la velarizada enfática es el “sonido” que se produce cuando se quiere hacer vaho en un espejo. Ésta es una “descripción” muy alejada de la lingüística, tengo conciencia de ello, pero para un hispanohablante no familiarizado con tales fonemas árabes, podría quizá ser de alguna utilidad. Para la descripción del sistema fonológico árabe seguimos esencialmente a Blachère (1985, pp. 8-9) y a Kouloughli (1994, pp. 30-34), así como a Dubois (1994, pp. 26-30) y el artículo “Phonetic Transcription: History”, en *The Encyclopedia of Language and Linguistics*, vol. 6, especialmente el cuadro de caracteres de la p. 3050.

si es breve, no se agrega ningún diacrítico. Los *glides* o semiconsonantes se transcriben como en el AFI, es decir, /j/ y /w/; los mismos caracteres empleados para escribirlos (yâ' y waw) sirven también para anotar la vocales largas *î* y *û*, ésta es la razón por la que R. Blachère las llama "consonantes inestables". /û/ y /u/ son siempre posteriores.

Después de esta larga introducción sobre la lengua árabe y la situación sociolingüística actual en el mundo arabohablante contemporáneo, pasaremos, ahora sí, a describir el sistema antroponímico, con base en distintas obras bibliográficas y, sobre todo, fundamentándonos en nuestro trabajo de campo.<sup>13</sup>

### Los antroponimos árabes

El sistema de los nombres propios de persona (antroponímico) árabe contemporáneo incluye dos tipos de usos principales: a) tri o plurinominal, que consiste en agregar al nombre personal único *ism* —que llamaremos aquí "nombre de pila" por no existir otro término en español<sup>14</sup>—, los nombres de filiación, *nasab*, de dos generaciones ("hijo [de] + nombre del padre,

<sup>13</sup> La presente comunicación forma parte de un estudio mucho más amplio publicado bajo el título *Le prénom: situation onomastique et attitudes socioculturelles. L'exemple d'un corpus en Languedoc*, (2000), 2 vols. Lille, Francia, Presses Universitaires du Septentrion, 938 p. Se trata de una tesis doctoral de ciencias del lenguaje, defendida en 1997 y realizada bajo un enfoque sociolingüístico. La primera parte del trabajo se basa en el análisis de un *corpus* de 10 668 actas de nacimiento que abarcan el periodo 1900-1993, muestra constituida a partir de los libros del Registro Civil de ocho municipios del departamento del Hérault, en el Mediodía Francés. La segunda parte tiene como fundamento una encuesta sociolingüística de campo que aborda las representaciones lingüísticas que los hablantes entrevistados (cerca de 300) tienen acerca de los nombres "de pila". Dada la importancia que la corriente migratoria proveniente de los tres países del Maghreb ha alcanzado en Francia, en el *corpus* se ven reflejados los usos antroponímicos de la comunidad arabomusulmana, materiales que sirvieron de base para el presente artículo.

<sup>14</sup> En francés, por ejemplo, existe el término *prénom*, es decir, el nombre que se antepone al apellido o *nom de famille*. En inglés, encontramos el de *first name*, es decir, el nombre que se sitúa en primer lugar. En nuestra lengua, en cambio, no existe una unidad léxica equivalente. Estoy consciente de que el bautismo en la pila de agua bendita nada tiene que ver con la religión musulmana, aunque cabe recordar aquí que hay comunidades árabes cristianas, por ejemplo, los sirios y libaneses de rito bizantino, católicos maronitas.

hijo [de] + nombre del abuelo”),<sup>15</sup> a los que se puede agregar un apellido, un nombre de tribu o de etnia. Este primer uso es aún vigente en algunos países del Mashreq —Oriente del mundo árabe— y es heredero directo del sistema medieval árabe clásico. Ej. *Ahmed Ibn Idrīs Ibn al-ʿAbbās al-Baghdādī*. b) Binominal, que sigue el modelo occidental europeo, especialmente francés (nombre de pila + apellido paterno), instaurado durante el periodo colonial o en el momento de las independencias; se encuentra en particular en los países del Maghreb —Occidente del mundo árabe. Ej. *Mohamed Dib*.

Los apellidos actuales, así como ciertos nombres “de pila”, surgieron generalmente del sistema tradicional plurinominal. Por tanto, provienen i) de un término de parentesco genealógico, *ʿansāb* en la nomenclatura árabe, (nombre de descendencia: *Ibn ʿAlī* = *Benalī*; o nombre de paternidad (tecnónimo, *kunya*) “padre/madre [de] + nombre del primogénito”: *ʿAbū Madjan* = *Boumédiène*, *ʿUmm Kulṭūm* = *Oum Koulsum*),<sup>16</sup> ii) de un *laqab* (sobrenombre merecido y/o elogioso, que hay que distinguir del apodo, frecuentemente peyorativo: *ʿAlāʾ ad-dīn* = *Aladīn* —nuestro *Aladino*— “grandeza, elevación de la religión”), o iii) de una *nisba* (adjetivo de relación, que marca una pertenencia o un lazo a un lugar de origen, a un lugar que se ha visitado, donde se adquirió fama, pertenencia a una familia, tribu o etnia, a una especialidad, etc., ej. *Buxārī* = *Bujarī* “de Bujara”, en Asia Central). En la muestra con base en la que se hizo este estudio, el sistema empleado es, por supuesto, el sistema francés, dado que los niños fueron declarados en el municipio del Hérault (en la región del Languedoc, al sur de Francia) y, cuando hay otros elementos que componen una denominación, especialmente en los padres, se inscribieron en las actas de

<sup>15</sup> Son los *Ibn...* o *Ben...* que se encuentran en numerosos patronímicos árabes o judeo-árabes. Un excelente estudio sobre el sistema onomástico árabe tradicional es el de J. Sublet (1981). Para el sistema actual cf. la *Sultan Qaboos Encyclopedia of Arab Names* (1991), particularmente la *Research Guide...*, así como la introducción al diccionario.

<sup>16</sup> Las *kunya* sirvieron no sólo para señalar la paternidad o maternidad biológicas, sino también para la formación de sobrenombres en los que la idea del lazo de parentesco significaba la abundancia o la riqueza, como *ʿAbū Bakr*, “padre de la camella”, suegro y primer sucesor del Profeta (califa). Cf. Sublet, 1981, pp. 39-40; también Geoffroy, 1991, p. 9. Conviene hacer notar que estos antroponimos se presentan gramaticalmente en estado de anexión (un sustantivo y su complemento).

nacimiento como si se tratara de varios nombres “de pila” (denominación múltiple), sólo más raramente como un apellido compuesto.

No hay imposiciones religiosas (obligación legal frente al derecho islámico) con respecto a la selección de un nombre para un musulmán. Existen, sin embargo, recomendaciones hechas por el propio Muḥammad —Mahoma en la tradición hispánica— transmitidas por los *Ḥadīṭ* (palabras o hechos y gestos del Profeta), por ejemplo: “En el Día de la Resurrección serán ustedes llamados por su nombre y por los nombres de sus padres: escojan, pues, nombres hermosos”; o “Los nombres más bellos son los que contienen las nociones de alabanza y de adoración”; o también “El que nombra a su hijo Muḥammad por amor a mí y para atraer mi bendición sobre ese niño entrará al Paraíso con él”.<sup>17</sup> Con la difusión de la religión, el léxico antroponímico de las poblaciones convertidas fue a menudo islamizado; así, los nombres árabes de los Profetas —incluidos los de Muḥammad, los de su familia y los de sus compañeros—, los nombres compuestos a partir de los atributos de Dios y de la palabra *dīn* “religión”, remplazaron a los antiguos nombres locales. En los países que no fueron enteramente arabizados, los nombres árabes y los autóctonos permanecieron juntos, “esta coexistencia a veces dio lugar a una asimilación del nombre árabe por parte de la lengua local. Muḥammad se pronuncia y se escribe frecuentemente Mehmet en Turquía, Mamadou en ciertos países de África negra y Mamode en la Reunión”.<sup>18</sup> Como es posible suponer, ciertos nombres árabes surgieron del periodo ante-islámico y permanecieron en el uso bajo la función de nombres “de pila” o de patronímicos actuales.

Vamos a abordar ahora el tema de la morfología de los nombres árabes. Es demasiado vasto para ser tratado en algunas líneas y, sobre todo, haría falta conocer la lengua árabe con mayor profundidad. Sin embargo, la proporción de los nombres árabes en el *corpus* analizado es lo suficientemente elevada

<sup>17</sup> *Apud*, Geoffroy, 1991, pp. 13 y 14. Señalemos al paso que este último *Ḥadīṭ* explica por qué *Mohamed* —forma gráfica (ortografía) más común en Francia— es el nombre masculino árabe más atribuido no solamente en nuestra muestra, sino en todo el mundo.

<sup>18</sup> Geoffroy, 1991, p. 18.

como para no poder ignorarla. De esta manera, las observaciones que siguen son planteadas en este artículo más bien a título indicativo.<sup>19</sup>

Como se habrá podido observar, las denominaciones de esta lengua presentan una transparencia semántica viva para los hablantes, lo que es más bien excepcional en los nombres europeos.<sup>20</sup> Esto se debe al sistema de raíces y de esquemas que estructura el léxico de la lengua árabe, explicado anteriormente. La derivación nominal no existe, pues, de la misma manera que en español o francés, en donde se pueden crear nombres “nuevos” a partir de uno primitivo por adjunción de un sufijo (ej. *Claude* > *Claudette*, *Claudine*, *Claudie*, *Claudia*, *Claudina*...). Como cualquier otra lexía árabe, los antroponimos derivan de una raíz, generalmente verbal, pero no se derivan los unos de los otros. Se percibe claramente la relación semántica que existe entre derivados porque remiten siempre al significado vivo de la raíz. Así, no se encuentra esa especie de juego formal que produce, por ejemplo, simples variantes gráficas (como en francés *Marine*/*Maryne*). Las que se hallaron en el *corpus* recolectado en Francia se deben a los fenómenos de transcripción y/o a la influencia de los hábitos articulatorios de los hablantes de las lenguas árabes orales que se reflejan en ellos. De esta manera, el nombre tiene una forma escrita, en árabe literal por supuesto, aunque a veces se permitan ciertas libertades para transcribir un uso local. Por ejemplo: /\**ismâ‘îl*\*/ se realiza oralmente en el Maghreb como [*\*smâ‘îl*], que dio a su vez una forma todavía más frecuente, [*\*smâ‘în*]; esto se manifiesta en

<sup>19</sup> Nos importa mucho agradecer aquí a Mme. S. Miossec, profesora de lengua árabe en la Universidad de Montpellier III, así como a los profesores F. Touma y W. Deiri, también docentes, cuyos comentarios fueron preciosos para esta parte del trabajo.

<sup>20</sup> “Los nombres arabo-islámicos tienen, en su mayoría, la ventaja de dejar transparentar claramente su sentido: son palabras usuales o rebuscadas de la lengua árabe clásica” (Geoffroy, 1991, p. 18). El significado lingüístico del nombre es, pues, uno de los factores tomados en cuenta en el momento de la elección, lo que no ocurre sistemáticamente en la selección hecha dentro del *corpus* nominal francés o español. En estas últimas lenguas, los criterios de eufonía o de moda —ligados especialmente al significante—, así como el significado afectivo del nombre (lo que representa para los donantes), tienen un papel más importante que el significado en la lengua. Éste es a menudo desconocido pues se reduce, en la mayoría de los casos, a un sentido etimológico, que no es inmediatamente accesible para los hablantes.

las transcripciones latinas *Ismāʾil* > *Smaʾil* > *Smaʾin*.<sup>21</sup> Las dos últimas formas serían percibidas como “incorrectas” por ciertos hablantes nativos del árabe.

Este lazo tan fuerte a la raíz genera semánticamente, por ejemplo, los nombres *Abdel Hamid*/*Hamid*/*Abmed*/*Mohammed*/*Mahmoud*,<sup>22</sup> todos derivados de la raíz *ḤMD*, “alabar, glorificar, agradecer a alguien por alguna cosa”. El sentido de todos estos nombres es rápidamente percibido por un arabohablante, pues todos se presentan bajo un esquema morfológico inmediatamente reconocible, que no deja lugar a dudas en cuanto al significado vehiculado. Así:

1. *Abdel Hamid* es “servidor del Alabado” (nombre teóforo en estado de anexión);
2. *Hamid* “alabable, digno de alabanza” (adjetivo) —o “que alaba [a Dios]” (participio activo de la forma I), todo depende del esquema que está en la base de esta transcripción /\*ḥamīd/ o /\*ḥāmīd/, oposición realizada por la cantidad vocálica que sería clara si se viera el nombre escrito en caracteres árabes;
3. *Abmed* “el más alabado” (superlativo);
4. *Mohammed* “muy alabado, el lugar por excelencia de la alabanza” (participio pasivo de la forma II que implica una geminación de la segunda consonante radical que sirve para expresar la intensidad de la acción; hay, pues, reforzamiento semántico. Esta geminación es a menudo descuidada en la transcripción, razón por la que la forma gráfica más difundida en Francia es *Mohamed*);
5. *Mahmoud* “alabado, que merece alabanzas” (participio pasivo de la forma I).

<sup>21</sup> Los Geoffroy (1991, p. 32) no proporcionan más que la forma canónica, la primera que citamos. Las otras dos están inventariadas en Dib (1995, pp. 158 y 200), pero violan la regla de la lengua clásica según la cual una consonante no vocalizada no puede nunca figurar en posición inicial. Así ningún ítem léxico puede empezar por un grupo silábico ccv. Esto explica sin duda que la *Sultan Qaboos Encyclopedia of Arab Names (Dictionary...)*, t. I, pp. 77-78) registre como variantes del nombre *ʾIsmāʾīn*, *ʾIsmāʾīn* y *Simaʾīn*. Únicamente *Ismāʾil* y *Smaʾīn* figuran en las actas de nacimiento que consultamos.

<sup>22</sup> Los nombres son citados tal como se encuentran en nuestro corpus.

Otro ejemplo de esto son los nombres femeninos *Sadíya* < /\*sa<sup>c</sup>dijja/, *Sáida* < /\*sa<sup>c</sup>ida/ y *Suâd* < /\*su<sup>c</sup>âd/, los tres, derivados de la raíz S<sup>C</sup>D “ser feliz, suertudo, afortunado”, que no se derivan sin embargo unos de otros.<sup>23</sup> Si *Alejandra* y *Alejan-drina* no son “el mismo nombre” desde el punto de vista de su uso en la sociedad —el segundo es mucho más raro que el primero en la actualidad, al menos en México—, las tres unidades árabes lo son menos aún, debido a esta diferente concepción de la derivación. Pero al igual que los ítems españoles, son atrapadas por las modas cíclicas y su percepción varía en consecuencia. Así, *Sáida*, aunque sea más tradicional y tenga una forma masculina correspondiente (*Sáid*), es menos “moderno” que *Suâd* o *Sadíya*, y de estos últimos, el primero es más común que el segundo.

Este sistema onomástico muy coherente y regular desde el punto de vista formal es ligeramente modelado, como hemos visto, por la influencia de las lenguas árabes locales habladas en los diferentes países arabohablantes. Y esto se refleja inmediatamente en las transcripciones que se encuentran en el *corpus* recogido. La variación lingüística y dialectal es percibida por un hablante nativo allí donde nosotros tenderíamos a ver solamente una variante gráfica. En *Jamal*, *Jamel* et *Djamel* (/ʔamâl/, según la pronunciación clásica) se pueden observar, por un lado, los aspectos ligados a la transcripción latina, y por el otro, las diferentes posibilidades de realización oral de una misma unidad lingüística.<sup>24</sup> Como queda dicho, en árabe hay solamente tres vocales /a i u/, con oposición de cantidad y cuyo timbre se determina en parte por el entorno consonántico.

<sup>23</sup> Según el orden de frecuencias de la muestra presentada en la *Sultan Qaboos Encyclopedia of Arab Names (Dictionary...)*, t. I, pp. 800, 804 y 807), *Suâd* ocupa el 180. lugar de los 100 nombres femeninos más extendidos, mientras que *Sadíya* figura en el sitio núm. 100. *Sáida* es menos frecuente todavía y no aparece en esa clasificación. En nuestros materiales, alcanzaron 4, 1 y 2 ocurrencias respectivamente.

<sup>24</sup> Entre las muy diferentes soluciones encontradas por los empleados del registro civil, quienes no estaban acostumbrados a los nombres extranjeros no indo-europeos, y las que la prensa escrita difunde sin tomarse el tiempo de verificar, los problemas ligados a la latinización o galización se complican a veces. A esto se agrega el caso de los padres analfabetas o poco escolarizados, que se hallan en la imposibilidad de decir si el nombre de su hijo quedó bien inscrito o no, en el momento de declararlo. Para facilitar la lectura de esta presentación, hemos hispanizado algunas de las transcripciones.

Esto permite una riqueza alofónica muy grande con un riesgo de oposición semántica mucho más reducido con respecto al francés que, poseyendo 15 fonemas vocálicos —o 16 si se oponen las dos /a o/ anterior y posterior—, tiene literalmente “menos lugar” para una tal variación sin oposición. La variación en los nombres franceses o españoles se produce, pues, en el ámbito de la grafía y no de la realización oral, al contrario del árabe. De esta manera, los tres ítems anteriormente citados son el mismo nombre para un arabohablante quien, frente a esas tres latinizaciones, establecerá inmediatamente una hipótesis sobre el probable origen “etnosociocultural” del portador: *Jamal* = forma marroquí o no marcada por ser la más próxima del clásico; *Jamel* = forma argelina y tunecina; y *Djamel* = forma influida por la pronunciación beréber.<sup>25</sup>

Otros fenómenos ligados a la variación lingüística y dialectal maghrebíes —pues la transcripción de los nombres atribuidos por padres llegados del Mashreq (oriente árabe) es, en general, más próxima del árabe clásico (pero su número es mucho más reducido, lo que no permite obtener verdaderas conclusiones)—, son, por ejemplo:

1. la caída o neutralización de los fonemas transcritos por las “letras débiles” hamza, yâ’ y waw (corte glotal-ataque vocálico /’/ y semiconsonantes /j/ y /w/, respectivamente), fenómeno que se manifiesta en *Anis/Yannis/Wanis*,<sup>26</sup>
2. La presencia, ausencia o reducción del artículo definido que, en principio, se reserva a los nombres divinos o del

<sup>25</sup> Según D. E. Kouloughli (1994, pp. 32-33), originalmente la letra jîm representaba una africada /dʒ/, como el segundo grupo consonántico del inglés *bridge*. En ese caso, el beréber no habría hecho sino reintroducir o conservar esta articulación. Para la definición del término “etnosociocultural”, v. Boyer, H. (1995).

<sup>26</sup> Como citamos los nombres tal como aparecen en los materiales colectados, ciertas formas gráficas no corresponden a una transcripción “óptima”. Éste es el caso de *Yannis* cuya doble *n* es antietimológica; su presencia puede reflejar sin embargo el deseo de asimilarlo a la transcripción común del equivalente griego de *Juan*. Se trata de un muchachito nacido en Montpellier en 1993 de padres argelinos. *Wanis* es también de Montpellier, pero es hijo de una pareja mixta: su padre nació en Francia aunque lleva un nombre árabe, mientras que su madre es bretona; además lleva como segundo nombre una unidad francesa. *Anis/Anice* es un ítem atribuido antes, en Béziers; la primera forma fue dada a un bebé de 1975, hijo de tunecinos; la última fue recibida por un niño nacido en 1985 de padres argelinos.

Profeta —uno se puede llamar *Karim* “generoso” o *Abdel-karim* “servidor del Generoso”, pero no *Al-Karim* “el Generoso”, uno de los 99 nombres de Dios en la tradición islámica. Sin embargo, el uso del artículo para los nombres “humanos” está difundido especialmente en Argelia, aunque se restringe a la sola letra *lâm* /l/, su segunda consonante,<sup>27</sup> ej. *Alamin/Lamine/Amin*, “el seguro, el honesto”, sobrenombre del Profeta.<sup>28</sup>

En realidad, la distribución del artículo en árabe difiere con respecto a la del francés o español. En la lengua semítica se distingue la distribución gramatical (marcada, entre otros medios, por la aparición del artículo definido o del diacrítico del indefinido), de la determinación semántica (que depende del sentido de la palabra). Así, los nombres pueden recibir la marca del indefinido pero están determinados “por naturaleza” (cf. Blachère, 1985: 37). En los materiales recolectados, los nombres que llevan artículo son esencialmente *a)* los antropónimos teóforos y *b)* los nombres del Profeta y de otros personajes santos, ambas categorías empleadas como nombres “de pila”.

Según nuestras observaciones, la aparición del artículo en los nombres propios parece distribuirse como sigue. En los nombres divinos y en los nombres teóforos, el artículo tiene la función de reforzar la referencia al Dios único. El artículo acompaña los 99 Nombres de Dios, que son a menudo adjetivos. Retomando el ejemplo que dimos anteriormente, Dios es *'Al-Karîm* “El Generoso”, como si se dijera “La Generosidad

<sup>27</sup> La primera es la letra *hamza* /ʾ/, que no aparece en las latinizaciones pero que “se esconde” detrás de la A inicial, “vocalización” de esa hamza. En la concepción árabe de la sílaba escrita, dado que sólo las consonantes y las vocales largas son verdaderas letras, se considera que las consonantes están “vocalizadas” cuando “sirven de soporte” a una vocal breve; mientras que en la concepción occidental de la escritura, se diría solamente que en una sílaba gráfica una letra sigue a la otra, ya sean consonantes o vocales, pues los dos tipos de letras son tenidas en un plano de igualdad (cf. Kouloughli, 1994, pp. 13-14).

<sup>28</sup> Al-Amîn ya se usaba en el pasado. Así se llamaba, por ejemplo, el hijo del célebre califa Hârûn-ar-Rachîd, que le sucedió en el trono en 809. Después de la muerte de Al-Amîn, su hermano menor Al-Ma'mûn tomó el poder (cf. *The New Encyclopædia Britannica*. Micropædia, vol. 5, p. 731). Este otro sobrenombre del Profeta lleva también el artículo y deriva de la misma raíz.

por excelencia” (antonomasia). Esto existe en lenguas como el francés o el español: *El Todopoderoso* o *El Altísimo*. En árabe, el nombre de Dios mismo lleva siempre el artículo, *’Al-lâh*. Por otro lado, casi todos los 99 atributos de Dios en el Islam dieron lugar a nombres teóforos que contienen la palabra /‘abd/, “servidor, adorador, esclavo”, como el ejemplo citado *Abdelkarim*, u otros que encontramos en el *corpus* (*Abdelkader*, *Abdelmoumen*, *Abderrahim*, *Abdessamad*, etc.)<sup>29</sup> Son antropónimos heredados del periodo anteislámico —el padre del Profeta se llamaba ya *Abdallah*, pero en aquella época el nombre coexistía con otros ligados al politeísmo, completamente desterrados por la nueva religión—, están gramaticalmente contruidos como sustantivos en “estado de anexión”, como los llama la gramática clásica árabe (nombre + complemento adnominal). En árabe se escriben, pues, en dos palabras, es decir, como compuestos (secuencia de morfemas), pero casi siempre se transliteran en caracteres latinos en un solo bloque gráfico, lo que indica su percepción como formas lexicalizadas, que poseen una unidad semántica.<sup>30</sup> Hoy día son exclusivamente masculinos, pero originalmente existía un equivalente femenino: *Amat* + *Nombre de Dios*; estos nombres perdieron luego su primer elemento y el artículo del nombre divino, mientras que a este último se agregó el morfema del femenino. Así, *Amat al-‘Azîz* > *‘Azîza* “servidora del Amado” > “Amada”. Este tipo de nombres teóforos es muy común actualmente en el Maghreb. El hecho de que los atributos de Dios sean gramaticalmente adjetivos que hacen a menudo referencia a cualidades, permite que puedan ser atribuidos a simples mortales, quitándoles el artículo, por supuesto.

Se observa también el determinante en los nombres del Profeta y en el de otros personajes piadosos, en su uso actual de nombres “de pila”. Descubrimos así, por ejemplo, en el

<sup>29</sup> Las piezas léxicas son mencionadas bajo la forma gráfica que revisten en la muestra analizada.

<sup>30</sup> Es bajo esta forma “consolidada”, como la llamarían D. Nakos y J. Poirier (1988: 134.), o “fusionada” que se presentan en los dos diccionarios de antropónimos que citamos constantemente (Geoffroy, 1991 y Dib, 1995). El ejemplo de los equivalentes femeninos que mencionamos en seguida fue tomado de Sublet (1981, pp. 119-120).

*corpus* analizado *Alamin/Lamine*, ya mencionado, *El Bachir* “portador de buenas noticias” y, entre los padres, *Larbi* < /\*’al-‘arabî/ “El árabe [por excelencia, el Profeta]”, *Labbib* < /\*’al-ḥabīb/ “el amado”,<sup>31</sup> *El Mahdi* < /\*’al-mahdî/ “el bien guiado”, *El Mokhtar* < /\*’al-muxtâr/ “el escogido”, *El Mostépha* < /\*’al-muṣṭafâ/ “el elegido por su pureza”, etc. Los nombres de los nietos de Muḥammad, Ḥassan y Ḥussayn, toman a menudo el artículo en árabe; así, se encuentra uno en el *corpus*, sobre todo entre los padres varones, *Lahcène/El Hassan* < /\*’al-ḥasan/ y *Lhoussaine/Lahoussine/El Houcine/El Hous-saine* < /\*’al-ḥusayn/. Es posible que el artículo recobre aquí su valor plenamente determinante ya que se quiere hacer referencia a los nietos del Profeta y no es sólo el significado de las palabras en la lengua (“hermoso” y su diminutivo) lo que está en el origen de la selección, que podría convenir a todo bebé que sea así percibido.

Entre los nombres de otros personajes ligados a la religión y/o tenidos por rectos y de vida ejemplar cuyo nombre lleva el artículo, descubrimos en nuestros materiales *Lakhdar/Lakdar* < /\*’al-‘axḍar/ “el siempreverde”, sobrenombre de Al-Khâdir, personaje coránico que se encontró con Moisés y que está todavía vivo (verde) entre los hombres,<sup>32</sup> o *Lhouaria* < del masculino /\*’al-hawârî/ “impetuoso, temerario” —nombre de dos personajes religiosos, uno andaluz (siglos IX-X) y el otro maghrebí (siglo XII), “santo místico venerado en Arge-

<sup>31</sup> En el calendario usual que se encuentra, por ejemplo, en las agendas francesas, hay un san Habib cuya fiesta es el 27 de marzo. Se trata de un mártir del siglo IV, muerto cerca de Edeso en Asia Menor. Existe también un san Habib del siglo VI, obispo de origen sirio en Georgia, festejado el 4 de noviembre (Barbé, 1994, p. 208 y Pierrard, 1987, p. 249). Son, pues, cristianos orientales. Como muchos nombres del santoral no está en uso en países de tradición cristiana, como Francia. El único portador contemporáneo que podría servir de referencia es el antiguo jefe de Estado tunecino, Habib Bourguiba cuyo país es, por supuesto, de tradición musulmana. En el *corpus* de datos recogido un solo niño porta ese nombre —bajo la forma modificada *Habbib* donde la doble *b* es antietimológica—; se trata del hijo de una pareja argelina de 1965, instalada en Montpellier. El femenino *Habiba* fue atribuido más recientemente, en 1990, en la misma ciudad. Dos niñas lo recibieron, una nació de una pareja argelina y la otra de una tunecina. Se trata, en este último caso, de una transmisión directa del nombre, dado que el padre se llama *Habib*, pero además, el nombre de la madre, *Hamida*, tiene el mismo fonema inicial que *Habiba* y se presenta bajo el mismo esquema morfológico árabe, lo que podría percibirse como otra forma de transmisión parcial.

<sup>32</sup> Geoffroy N. et Y. *op. cit.*, p. 185.

lia”<sup>33</sup>—, nombre de una madre argelina de 1995. Como se puede observar en todos estos ejemplos, el artículo sufre la influencia de las hablas locales.

Por otra parte, el empleo de los nombres inicialmente reservados a las personas sagradas o consagradas puede compararse, con las reservas del caso, a la costumbre del santo patrón entre los cristianos. El tabú que pesa sobre los 99 nombres de Dios de la tradición musulmana —acompañados del artículo y sin el componente que implica la sumisión /<sup>ʿ</sup>abd/—, impide su atribución a los seres humanos. Esta prohibición implícita puede situarse paralelamente a, por ejemplo, el hecho de que en Francia y en otros países cristianos, el uso del nombre propio *María/Marie* se volvió común bastante tardíamente. J.-L. Biget informa que en la región limusina “*Marie* y sus derivados (*Marriote*, *Marion*) sirven ya de denominación a cerca del 19% del efectivo censado, mientras que en el sur de las poblaciones de Oc estos nombres permanecen aparentemente como tabúes en las clases populares hacia 1 400 todavía” (Biget, 1982: 326).<sup>34</sup>

Se observan, sin embargo, entre los nombres parentales otras unidades árabes que llevan artículo y que, hasta donde sabemos, no remiten a un personaje considerado como santo. Esto podría confirmar el hecho de que el determinante de esta lengua semítica no tiene una distribución paralela a la del determinante francés o español. El significado de estos nombres hace pensar ya sea en una especie de voto propiciatorio o de protección (*El Mahjoub* “el velado, el oculto”),<sup>35</sup> o en la volun-

<sup>33</sup> Dib, 1995, pp. 156 y 199. El autor señala que se le designa con el título de *sidi*, “señor, maestro” y por extensión, “santo”, pues se ligan a tal denominación valores morales. En nuestro *corpus* se encuentran otros nombres que incluyen el título mismo; así, hallamos a un niño llamado *Sid Ali*, por ejemplo, nacido de padres argelinos. Un portador contemporáneo del nombre *Houari* es el segundo presidente que tuvo Argelia, Boumédiène. Cf. igualmente la *Sultan Qaboos Encyclopedia of Arab Names* (*Dictionary...*, t. II, p. 1833).

<sup>34</sup> Biget, 1982, p. 326. La traducción es mía. En nuestros días, *Jesús* es un nombre masculino frecuente en los países hispanohablantes, uso que escandaliza o al menos sorprende a muchos franceses... En cambio, *Cristo* sigue siendo tabú en muchos lugares.

<sup>35</sup> El sustantivo común /hiẓāb/ puede traducirse como “velo” o “amuleto, talismán, sortilegio, medio de encantamiento” de los que la religión no condena (cf. Biberstein Kazimirski A. de. *Dictionnaire arabe-français*, Paris, Maisonneuve, 1960, vol. I, p. 380).

tad de señalar una circunstancia del nacimiento (*Lakhmissi*, que podría provenir del número 5 /xamsa/ y marcar el orden del recién nacido dentro del grupo de hermanos —del mismo modo que *Quintín*, un tanto obscurecido por la evolución fonética—, o el día de la semana en que nació, jueves /jawm al-xamís/.<sup>36</sup> Otro ejemplo es *El Fajri*, que puede remitir a /faʒr/ “aurora”, momento en que el bebé pudo haber nacido, de la raíz FʒR “brotar, surgir”. Este tipo de motivación existe en la onomástica de muchas lenguas.

Existe otra serie de nombres masculinos heredada del sistema medieval polionomástico árabe, en uso actualmente entre los hijos de inmigrantes maghrebíes en el sur de Francia. Son los nombres que tienen por segundo elemento *ad-dîn*, “la religión”. Encontramos sólo cuatro unidades léxicas de este grupo en la muestra analizada: *Nor-Eddine* (más comúnmente escrito *Nour-dine*) “luz [de] la religión”, *Nasr-Eddine* “victoria, salud, salvación [de] la religión”, *Azz-Eddine* “fuerza y poder [de] la religión”, y *Salah-Eddine* “integridad [de] la religión”. Como se puede ver, del mismo modo que las unidades que empiezan por /ʿabd/, son sintagmas lexicalizados, compuestos por dos sustantivos en estado de anexión (sustantivo + complemento adnominal), lo que les otorga unidad semántica. Eran originalmente *laqab*—sobrenombres merecidos y elogiosos— que tenían a la vez la función de “proteger” el nombre personal (*ism*), considerado como vulnerable. Aquel sobrenombre que contuviera la palabra “religión” no podía ser profanado; el portador se volvía, así, inatacable. Este uso se extendió desde el siglo x y no parece haber tenido su equivalente femenino. J. Sublet (1981: 23, 81 y 92-93), a quien sigó en estas líneas, formula la hipótesis siguiente: si no se encuentran en femenino, quizás es debido a que no se sintió la necesidad de ello, ya que las mujeres eran mucho menos accesibles y por lo tanto, menos susceptibles de recibir palabras hirientes.

Como se puede percibir, la noción de nombre “de pila” compuesto difiere en árabe y en francés o en español. Por una parte, desde el punto de vista semántico, dado que el significado

<sup>36</sup> En árabe, los nombres de los días de la semana derivan de los nombres de los números, un poco como en portugués: *segunda feira*, *quinta feira*, etcétera.

es transparente en los nombres de la lengua semítica, las dos unidades reunidas deben “producir un sentido” —exigencia que no es pertinente en los nombres compuestos de las dos lenguas romances—; por otra parte, desde el punto de vista etnosociolingüístico, el peso de la tradición en los nombres de persona sigue siendo grande y el sistema es menos “seglar” que en terreno hispano o francohablante, lo que contribuye a restringir el número de esas unidades lexicalizadas. La atribución de dos o más nombres —que es casi la regla en el uso francés, en donde cada bebé recibe comúnmente uno (o varios) nombre(s) secundarios—, es muy rara en el uso árabe. El niño no tiene sino un nombre personal, el *ism*, generalmente simple o percibido como tal, pues aunque ese nombre pertenezca a una de las dos series frecuentes de nombres masculinos ‘*Abd* + nombre divino o nombre + *ad-dîn*’, es considerado en su unidad semántica. Y, como hemos visto, será transliterado en un solo grupo grafemático casi sistemáticamente, cuando sea necesario escribirlo en caracteres latinos.<sup>37</sup> Si se compara esos nombres con, por ejemplo, *Anne-Marie* o *Jean-Pierre* (*María Luisa* o *José Juan*, por ejemplo), se verá que en el uso francés (y español) únicamente la forma está parcialmente lexicalizada, pero los hablantes conocen raramente el significado etimológico de las unidades que intervienen en la composición. Se percibe, cuando mucho, la referencia a dos personajes diferentes de la religión —referencia que se opone a la de, por ejemplo, *Jean-Baptiste* o *Marie-Madeleine* (*Francisco Javier* o *María Magdalena*, para los usos españoles), donde hay unidad semántica dado que el significante sirve para establecer la referencia a un personaje único. Esta unidad de sentido no existe prácticamente en compuestos “nuevos” como *Diego Armando* o *Diana Laura*, en que incluso la forma es inusual y donde no se encuentra ninguna relación con un santo único. Menos todavía una “unidad de sentido” que uniera los significados etimológicos de los ítems en composición. Es innegable que el factor extralingüístico

<sup>37</sup> La lexicalización permitida por la unidad de sentido en esos dos paradigmas de nombres compuestos masculinos árabes, puede compararse a la que desembocó en francés en nombres como *Dieudonné* (*Diosdado* en español), así como en otros antropónimos transmitidos por la tradición judeocristiana, como *Michel*, *Emmanuel*, *Théodore* o *Dorothée* (*Miguel*, *Manuel*, *Teodoro* o *Doroteo*).

del lugar diferente que ocupa la religión en la escala de valores de una y otra comunidades, tiene un impacto igualmente distinto en los usos nominales (sociolingüísticos) de cada una.

Por lo tanto, en los materiales recolectados es interesante hacer notar el posible inicio de un cambio, introducido sin duda por la situación de inmigración, que implica necesariamente un efecto en los individuos. Se pueden encontrar casos —si bien aún raros—, de parejas maghrebíes que otorgan un tipo de nombre compuesto que se asemeja al de los compuestos franceses o españoles y que no se inscribe en un paradigma antroponímico usual. Se puede ilustrar este hecho con el ejemplo de *Mélik-Nordine* (“rey”-“luz [de] la religión”), hijo de padres argelinos, nacido en Béziers en 1960. Otro comportamiento onomástico que se aparta de las costumbres es la atribución de un segundo e incluso un tercer nombre(s). Lo que nos inclina a pensar que se trata de una consecuencia de la inmigración y del mestizaje, es el hecho de que este fenómeno se observa casi con exclusividad en parejas mixtas o en aquéllas de tradición arabomusulmana en las que al menos un miembro ya nació en Francia. Sus bebés reciben ya sea un segundo nombre árabe, ya sea uno (o dos) nombres “occidentales”. En tales elecciones de nombres se pueden entrever proyectos parentales complejos —como todos los de las parejas mixtas, en general— en donde se quieren reunir las dos tradiciones de los padres en el acto de nominación del hijo, concediéndole al mismo tiempo la posibilidad de imponer a su entorno uno de los elementos de su denominación múltiple. En los casos en que los dos miembros de la pareja son de origen maghrebí, es posible que, al darse cuenta de que su comunidad se está volviendo muy numerosa en el sur de Francia, quieran evitar toda posibilidad de homonimia. Los padres adoptan así el uso de la sociedad mayoritaria para resolver el problema de la misma manera, sólo que empleando dos unidades de su *corpus* de origen.

Queda por mencionar un último tipo de nombres árabes: los que pertenecen a la categoría gramatical de los adjetivos de relación (*nisba*), de los cuales se dijo que figuran igualmente entre las fuentes de formación de los apellidos actuales. A primera vista, podría parecer un tipo de derivación más cercana a la que se observa en los nombres de las lenguas romances —por

ejemplo en pares de ítems femeninos como *Ouarda/Ourdia* o *Nora/Nouria*. Sin embargo esto queda refutado ya que el sufijo femenino /-ijja/ no podría ser interpretado como el equivalente de -ette en *Rose/Rosette* o *Lucie/Lucette* (o -ina en *Rosa/Rosina* o *Lucía/Lucina*), cuyo sentido etimológico los acerca a tales nombres árabes. Se trata de un sufijo que los gramáticos árabes llaman la “yâ’ de la nisba” (pues es la letra que se agrega, geminada, al masculino /-îi/), y que permite obtener a partir de un sustantivo el adjetivo de relación correspondiente. Su significado es “perteneciente a”, “proveniente de”, “relativo a”, “de naturaleza”, con una idea de origen obtenida del sustantivo base.<sup>38</sup> Así de *Ouarda* < /\*warda/ “rosa” (sustantivo), se obtiene *Ourdia* < /\*wardijja/ “relativo a la rosa, de color rosa” (adjetivo); y de *Nora* < /\*nûra/ “luz” (sustantivo), se deriva *Nouria* < /\*nûrijja/ “de naturaleza luminosa” (adjetivo). El cambio de significado es mucho más perceptible para el hablante de árabe que para el franco o hispanohablante, pues la vitalidad del sufijo de la lengua semítica es muy grande, ya sea en los apelativos (nombres comunes) o en los nombres propios. Además, como toda unidad de esta lengua el adjetivo derivado remite al nombre primitivo pero, sobre todo, a la raíz de la que depende el significado de ambos. En cambio, el hablante de francés o de español apenas percibe, si lo hace, la idea de diminutivo contenida en el sufijo -ette de *Lucette* (que lo opone a *Lucie*), o en -ina de *Lucina* (que lo opone a *Lucía* o a *Luz*). Esto, a pesar de que el sufijo nominal francés es prácticamente el único todavía productivo en el campo de los nombres comunes —éste no es el caso del sufijo español, que lo es cada vez menos, incluso en los nombres de pila: compárese a *Teresa/Teresita*, en donde predomina la referencia semántica a las dos santas (de Ávila/del Niño Jesús), más que la derivación morfológica, que sorprende la primera vez que se oye el segundo nombre en una portadora adulta.

<sup>38</sup> Procedimiento morfológico que se podría comparar al que sirve para construir derivados a partir de antropónimos en latín. La diferencia radica en que, en esta última lengua, se está frente a un morfema de caso, el genitivo (ej. *Julius* > *Julii*). Por otra parte, se observará que el metalenguaje gramatical árabe está fuertemente marcado por la tradición escrita, ya que se habla siempre en términos de letras.

### Los nombres de los hijos de inmigrantes en el Languedoc

Veamos ahora en la muestra analizada cuáles son los nombres árabes más atribuidos (los que alcanzaron al menos 5 ocurrencias) en los municipios del Hérault escogidos para el presente estudio. En este apartado mencionaremos solamente lo concerniente a los tres primeros nombres de cada género, según aparecen en el cuadro siguiente y en el que figura más adelante para los nombres masculinos.

Empecemos por los femeninos:

<i>Nombre</i>	<i>Ocurrencias</i>	<i>Nombre</i>	<i>Ocurrencias</i>
Myriam (y variantes)	12	Siham (y variantes)	6
Leïla/Leila/Laïla	10	Nadia	6
Sarah	8	Aïcha/Aïcha	5
Sonia	8	Fatima	5
Anissa/Anyssa	7	Halima	5
Sabrina	7	Hanan/Hanane/Hanen	5
Safia (y variantes)	7	Malika	5
Samia/Samy/Semia	7	Salima	5
Nawal (y variantes)	6	Samira	5

Según la *Sultan Qaboos Encyclopedia of Arab Names*, *Myriam* ocupa el 31o. lugar en la lista de los nombres femeninos más frecuentes de la lista que está en la base del diccionario.<sup>39</sup> En nuestros materiales se encuentra 5 veces escrito *Myriam* y 7 bajo diferentes formas gráficas, lo que lo coloca en el primer sitio de las denominaciones árabes para niña en los ocho municipios del departamento francés del Hérault. No es una casualidad, ya que se trata de una unidad que, bajo esta ortografía, forma parte del *corpus* de nombres “de pila” franceses y fue objeto de un ciclo de moda en el conjunto de la comunidad lingüística que culminó en los años 1950. Como nombre árabe

<sup>39</sup> Dictionary, t. II, p. 1589. Esta muestra consiste en 2 604 845 denominaciones y se extiende a la mayor parte de los países araboablantes, tanto del Maghreb como del Mashreq. Se trata de portadores vivos en los años 1980 y representan tres generaciones (v. la *Research Guide to the Study of Arab Names*, que es uno de los volúmenes de la enciclopedia, en particular las pp. 27 y ss.).

fue dado por primera vez en 1980 en Montpellier por una pareja argelina. En cambio, ya no es escogido en la muestra por padres de antiguo origen francés a partir de ese mismo corte sincrónico. El número de atribuciones en la comunidad maghrebí aumentó ligeramente cada año y alcanzó 5 casos en 1993 (último periodo de doce meses considerado para este estudio). Es posible que transcripciones como *Mérième* reflejen un deseo de volver a la “verdadera” forma árabe /\*marjam/, pues *Myriam*, nombre francés —a veces percibido como israelita— se acerca pero no restituye el equivalente árabe de *María*. Esta proximidad entre las formas de las dos lenguas semíticas (hebreo y árabe), así como la tradición del nombre en las tres Religiones del Libro, hacen de la unidad una posibilidad interesante para las parejas mixtas. En el *corpus* se encuentran efectivamente tres que la escogieron para nombrar a su hija: dos en Béziers (1985, *Myriam* y 1993, *Meriem*), constituidas por un marroquí y una meridional, y la otra por un argelino y una muchacha del Franco-Condado. La tercera pareja declaró a su hija en Montpellier durante el último año observado; es posible que el padre sea indonesio, mientras que la madre nació en Túnez; en este caso concreto los dos miembros de la pareja son probablemente correligionarios. Descubrimos también a una niña que recibió dos nombres —lo que es muy raro en la tradición arabomusulmana, como hemos dicho—; la atribución se produjo el mismo año y en el mismo municipio en el seno de una pareja argelina. El segundo nombre escogido para la bebé es formalmente muy próximo al primero y puede traducir una intención lúdica sobre los significantes: *Myriam Myriama*.<sup>40</sup> Por otra parte, es significativo que el nombre del padre de la única *Maryam* de la muestra —la transcripción más fiel a la or-

<sup>40</sup> Según Dib (1995: 60), el ítem —citado como *Mariama*— remite también a la madre de Jesús. Esta segunda forma del nombre es probablemente más tardía puesto que la mencionada en el Corán es *Maryam* /\*marjam/. *Myriama* no figura en los otros diccionarios de nombres árabes que consultamos. Es posible, por tanto, que se trate de una forma local, argelina o maghrebí que, al recibir el morfema final más frecuente de los nombres femeninos, fue “devuelta a su regularidad” *a posteriori* e insertada en el paradigma más común de los nombres de este género gramatical. Lo que no deja de ser un tanto sorprendente es el hecho de que la misma niña haya recibido las dos variantes y es por ello que pensamos en un juego formal (como el de unos padres franceses de nuestro *corpus* que dieron a su hija tres nombres terminados en *-ette* durante la década de los treinta).

tografía árabe— aparezca en el acta de nacimiento como *Mo-hammed*, detalle que señala una voluntad de respetar lo más posible la forma original. Si se cuentan juntas todas las atribuciones de *Myriam* (y sus variantes) en el *corpus*, independientemente de la procedencia parental, la unidad ocupa el lugar número 31 en la lista de las unidades más frecuentes del total de los materiales recolectados. Si se cuentan solamente las 12 niñas nacidas de parejas magrebíes o mixtas, se sitúa en el lugar 43.

Según el orden de frecuencias, *Leïla* viene en seguida, al haber alcanzado 10 casos entre 1965 y 1993. Es otro ítem escogido por varias parejas mixtas, pero es posible que esta vez los criterios de selección sean más bien la eufonía y/o el significado léxico (“la noche convertida en mujer”), pues no se trata de una unidad común a varias lenguas. Se la encuentra en 1965, 1985 y 1993 en Montpellier y en Béziers, dada en el seno de una familia franco-tunecina, de otra franco-marroquí y una tercera nacida en Francia, pero constituida por un padre de posible origen romaní (gitano) y de una madre de tradición musulmana. Se observan por otra parte dos denominaciones dobles excepcionales, que se produjeron en la capital regional (Montpellier) en 1993: *Leïla Sarah*, hija de una pareja marroquí, y *Leïla Shama*, bebé de padres malgaches, cuyo segundo nombre fue probablemente obtenido del *corpus* de la lengua parental. En este último caso, puede tratarse de una familia musulmana no árabe. Como *Maryam/Myriam*, *Leïla* fue el nombre más escogido de este grupo en 1993 y ocupa un rango de frecuencia muy cercano en la clasificación de la *Sultan Qaboos Encyclopedia of Arab Names*<sup>41</sup> el 30o. —45o. en la nuestra.

*Sarah* es un nombre bíblico común a varias lenguas (*cognado*), entre las cuales figura el árabe. Este hecho favorece que los padres que pertenecen a dos civilizaciones diferentes en el seno de una misma familia elijan esta unidad. Así, se observa en 1975 su primera atribución por parte de una pareja mixta de Montpellier (padre argelino y madre *pied-noir* —francesa nacida en Argelia en tiempos de la colonización), bajo la forma variante *Sara*.<sup>42</sup> Los otros dos casos fueron registrados en los materiales

<sup>41</sup> *Dictionary...*, t. II, pp. 1508-1509.

<sup>42</sup> La misma variación ortográfica que existe en francés y en español entre *Sara/Sarah* existe ya en las transcripciones árabes del nombre hebreo: /*\*sâra*/ y /*\*sârah*/,

del año 1990, uno en la misma ciudad y el otro en Béziers. La pequeña montpellierina recibió un segundo nombre cognado, *Nadia*. Es la hija de un marfileño y una meridional. La bebé de Beziers no lleva más que el nombre de *Sarah* y sus padres forman una pareja franco-marroquí. En 1993 en la capital regional igualmente hay otra niña que recibió dos nombres, *Sarah Houda*, nacida de padres argelinos. Si en nuestros materiales *Sarah* ocupa el tercer lugar de los nombres femeninos árabes, en el conjunto del mundo arabo hablante no es tan popular, pues no figura en los años 1980 entre las unidades más frecuentes. Esto es sintomático de la medida en que la elección está influida por el medio sociolingüístico donde se produce: en una sociedad pluriétnica y plurilingüe como la sociedad francesa actual, los nombres que pertenecen a más de una lengua tienen más oportunidades de ser atribuidos. Esta necesidad de nombres usuales “en todas partes” (*passe-partout*) no se experimenta en una comunidad lingüística más homogénea, que pertenece a una misma tradición y que habla una misma lengua.

Hablemos ahora de los nombres árabes masculinos del *corpus* que con mayor frecuencia aparecieron.<sup>43</sup> Ésta es la lista de los que alcanzaron 5 ocurrencias o más:

<i>Nombre</i>	<i>Ocurrencias</i>	<i>Nombre</i>	<i>Ocurrencias</i>
Mohamed/Mohamad	20	Jamal (y variantes)	6
Karim	13	Nourdine (y variantes)	6
Mehdi/Meddy/Medy	12	Salim/Selim/Salem	6
Sofian (y variantes)	12	Ali	5
Mourad/Morad	10	Amine (y variantes)	5
Yassine/Yassin/Yoessin	8	Hicham/Hichem/Icham	5
Ilias (y variantes)	6	Youssef	5

incluso /*\*sârâ*/, (*Sultan Cabos...*, *Dictionary...*, t. I, p. 764). El ítem no figura en la lista de las pp. 26-27 de esta obra, que contiene los 100 nombres femeninos más difundidos.

<sup>43</sup> El primer registro de una unidad masculina de esta lengua en la muestra es *Târiq* < /*\*târiq*/ “Venus”, nombre de la 86a. sura (capítulo) del Corán, cuyo portador más célebre es *Târiq Ibn Ziyâd*, conquistador de Andalucía y que dio su nombre a Gibraltar “montaña de *Târiq*”. El bebé de nuestro *corpus* nació en 1950 en Montpellier, hijo de una pareja mixta: su padre es argelino y su madre, parisina. Recibió un segun-

Como se indicó anteriormente, *Mohamed* es el nombre masculino más difundido en el mundo árabe —y probablemente en todos los países musulmanes—,<sup>44</sup> lo que se refleja en la muestra de este estudio. Sus 20 atribuciones lo sitúan en el lugar número 46 de las unidades masculinas más frecuentes del total de los materiales reunidos, lugar que comparte con *Emmanuel*, *Gilbert* y *Guilhem*. Ahí está documentado por primera vez en 1975 en Montpellier (atribuido por 4 parejas marroquíes) y su éxito nunca ha sido desmentido incluso hasta el último corte sincrónico analizado. Los años durante los cuales fue escogido con mayor frecuencia son 1980 y 1993 (5 casos cada vez). Hay que agregar a los del último año los dos compuestos *Mohamed-Abdoulah*, pequeño de Béziers, hijo de argelino y marroquí, y *Mohamed-Mouaffak*, hijo de sirios nacido en Montpellier. El padre del primero lleva ya un nombre en /<sup>c</sup>abd/, *Abdelmalek*, y desde este punto de vista, *Abdoulah* podría verse como una transmisión parcial del nombre paterno. El compuesto completo, por su significado, puede remitir, sin embargo, a un personaje único, el Profeta: “el muy alabado, servidor de Dios”. *Abdoulah*, —transcripción culta de /\*<sup>c</sup>abd ul-lâh/, más comúnmente escrito *Abdallah*—, es efectivamente uno de sus nombres coránicos y era también, como queda dicho, el nombre de su padre, atribuido antes de la Revelación. El otro compuesto, *Mohamed-Mouaffak*, no parece hacer referencia exclusivamente al Profeta, ya que su segundo elemento, “feliz, coronado de éxito, logrado”, es un nombre que puede simplemente manifestar un voto parental. De todos los niños llamados *Mohamed*, sólo 3 recibieron un segundo nombre, de los cuales dos son igualmente denominaciones del Profeta: *Yassin* —que da nombre a una sura coránica, que comienza precisamente con esas letras (*yâ’* y *sîn*)—, hijo de una pareja argelina de Béziers nacido en 1990; y *Lamine* —como se llamaba a *Muḥammad* incluso

do antroponímico salido de la categoría de los nombres de filiación, *Ibn abi Mediene*. Este segundo nombre puede ser simbólico, pues literalmente quiere decir “hijo de Boumediène”, apellido de uno de los constructores de la independencia Argelina, que no se logró sino en 1962. Parece un caso similar a los ocurridos bajo la ocupación alemana en Francia, cuando algunos padres dieron a sus hijas los nombres de *Marie-France Victoire*, dato que apareció en nuestro *corpus* y en las entrevistas de la encuesta sociolingüística.

<sup>44</sup> *Sultan Qaboos... Dictionary...*, t. II, pp. 1550-1551.

antes de iniciar su actividad religiosa—, hijo de una pareja argelino-marroquí de Montpellier, nacido en 1993. El tercer muchachito que recibió un segundo nombre fue declarado por sus padres (de tradición araboislámica, pero nacidos en Francia) en la misma ciudad y año. Su segundo nombre es *Elies* < /\*'iljâs/, *Elías* en español. En la transcripción *Mohamad*, que figura en el acta de nacimiento de un niño nacido en la capital regional en 1985, se puede adivinar la pronunciación cercano-oriental del ítem, que es más próxima a la pronunciación clásica /\*muḥammad/. Los padres sirios de este pequeño le dieron también un segundo nombre, *Ghaleb* < /\*ǧālīb/ “vencedor”. Cabe hacer notar que no hemos hecho mención de ninguna pareja mixta que tuviera un miembro de tradición no islámica. Esto no es sorprendente dado que la elección de *Mohamed* para un hijo revela una fuerte convicción religiosa musulmana en los padres, que no se comparte cuando los miembros de la pareja pertenecen a civilizaciones diferentes. Esta elección es tanto más significativa cuanto que se produce en un contexto social como el actual en el sur de Francia, donde el racismo tiende por desgracia a aumentar.

Por el número de atribuciones, *Karim* viene en segundo lugar de los nombres masculinos árabes más atribuidos en nuestra muestra. Fue dado 13 veces entre 1975 y 1993, lo que lo hace ocupar el 53er. lugar del total, entre *Jordan* (14 casos) y, por ejemplo, *Loïc* o *Manuel* (12). El año en que fue más escogido fue 1985, cuando 7 niños fueron así llamados. Se encuentran dos parejas mixtas que escogieron esta unidad, una constituida por un padre marroquí y una madre meridional de probable origen español (Béziers 1985) y la otra en donde la madre también nació en el sur de Francia pero el padre lo hizo en Túnez (mismo municipio, 1990). Este último muchachito recibió un segundo nombre, que enlaza las dos herencias parentales, ya que pertenece a varias lenguas (cognado) y es mencionado tanto en la Biblia como en el Corán: *Mickaël*. En árabe, el equivalente es /\*mîkâ'îl/ (*Sultan Qaboos... Dictionary...*, t. II, p. 1710),<sup>45</sup>

<sup>45</sup> También se encuentra registrado en Dib (1995, p. 176). *Karim* y *Abdelkarim* figuran igualmente en estas obras (pp. 1457 y 108 respectivamente), así como en Geoffroy (1991, pp. 42 y 72).

sin embargo, es más bien atribuido por los cristianos del Cercano Oriente. La elección de *Mickaël* puede también deberse a un fenómeno de moda o al hecho de que es el nombre de un arcángel (la madre se llama *Angèle*). Salvo estos dos casos, todos los padres de los *Karim* nacieron ya sea en Marruecos o ya sea en Argelia. La única pareja que no es maghrebí es originaria de Egipto y su bebé nació en Montpellier en 1985. *Karim* es un nombre que remite a *Muhammad*,<sup>46</sup> pero como el significado de la palabra en la lengua es mucho más general (“generoso”) y ya era empleado como antropónimo durante el periodo preislámico, su elección puede ser contemplada por parejas mixtas en las que un miembro no sea musulmán. Otros nombres que se relacionan con esta raíz y que figuran en el *corpus* son *Karima*, el femenino, y *Abdelkarim*, del que hemos hablado anteriormente. Ninguno de los dos alcanzó un número tan elevado de atribuciones como el simple *Karim*; sin embargo, *Abdelkarim* ocupa el 37o. lugar en la lista de los 100 nombres más difundidos en el mundo árabe durante los años 1980, según la *Sultan Qaboos Encyclopedia of Arab Names*.

Terminamos con los nombres masculinos que ocuparon el tercer lugar de este grupo según el orden de frecuencias: *Mehdi* y *Sofiane*. Éstos alcanzaron el mismo número de atribuciones (12), lo que los coloca en el 54o. lugar de los nombres para este género en la clasificación general de la muestra. El primero es ligeramente anterior en aparición, ya que el primer registro data de 1980, atribuido por un padre argelino y una madre tunecina. El bebé recibió un segundo nombre, *Mohamed*, que refuerza la carga semántica cultural vehiculada por el primer ítem, que es uno de los sobrenombres del Profeta. A pesar de esta referencia religiosa, el significado de la unidad (“el bien guiado”) y su facilidad de realización oral por parte de no arabohablantes (reducida a /*\*medi*/ < /*\*mahdí*/), son factores que pudieron contribuir a su elección frecuente en las parejas mixtas. El hecho es que, de los 12 casos encontrados, 7 corresponden a esta situación. Entre ellos destaca el de un *Mehdi* na-

<sup>46</sup> Geoffroy, 1991, p. 42. Los autores agregan que es un nombre de origen coránico.

cido en 1985 en Béziers, cuyo padre es español y la madre, tunecina. Recibió como segundo nombre, *Emmanuel*, equivalente francés del nombre paterno, [*José*] *Manuel*, lo que constituye la transmisión del nombre (indirecta por cambiar de código), costumbre típica del sistema antroponímico español.<sup>47</sup> Otro caso interesante es el de una pareja tunecina que declaró a su hijo en Montpellier en 1985 y cuya elección de *Mehdi* como nombre para su bebé constituye también una transmisión parcial del nombre paterno: éste se llama *Hedi* < /\*hâdî/ “el que guía, líder”, unidad léxica obtenida a partir de la misma raíz que *Mehdi*. Como se decía anteriormente, la pronunciación del nombre que nos ocupa fue simplificada al entrar en los libros del registro civil francés, lo que permitió adaptar incluso su forma gráfica. Es el nombre masculino árabe más frecuente entre los niños de pareja mixta, otorgado particularmente en 1985 y 1993.

*Sofiane*, en cambio, sólo fue escogido por una pareja de este tipo dentro de las doce atribuciones encontradas en el *corpus*. Se trata de una de las unidades masculinas que presentó mayor variación ortográfica. La secuencia fónica /\*sufjân/ presenta una doble “dificultad” de transcripción, en primer lugar, el fonema /f/, que en francés puede ser escrito con *f* o con *ph* y, en segundo lugar, la terminación /-ian/ —ya que hay pérdida de la cantidad vocálica en el paso a la lengua latina—, que suscita una fluctuación constante en la ortografía de nombres masculinos ingleses, bretones y árabes al asentarlos en los libros de actas del Registro Civil francés. La forma más frecuente es, sin embargo, la que se inscribió al principio de estas líneas. Se encuentra el nombre en nuestros materiales entre

<sup>47</sup> Por lo demás, *Emmanuel* es el Mesías, / *al-masîh*, reconocido por musulmanes y cristianos y, por tanto, punto común entre las dos tradiciones (cf. *Sultan Qaboos... (Dictionary...)*, t. II, pp. 1604-1605, artículo /\*(abd) *al-masîh*/. *Mehdi* también es objeto de un artículo del diccionario (p. 1691); el lugar que ocupa entre los 100 nombres masculinos más difundidos en el mundo árabe de los años 1980 coincide con el de nuestra clasificación. Por lo que respecta a los factores que pudieron haber facilitado la aceptación de la unidad por parte de padres franceses no arabohablantes, pudo haber una cierta influencia de una serie de televisión francesa (*Belle et Sébastien*) que presentaba entre sus personajes a un niño simpático así llamado. Besnard y Desplanques (1995: 319) señalan que es probablemente el único nombre árabe destinado a salir de su propia comunidad y a difundirse en el conjunto de la población.

1980 y 1993 y es a lo largo de este último periodo de doce meses en el que alcanzó el mayor número de ocurrencias (5). Fuera del caso mencionado anteriormente, todos los demás donadores son maghrebíes o franceses de tradición araboislámica. *Sofiane* no figura en la lista de los nombres masculinos más atribuidos en los países de lengua árabe, pero parece frecuente en el Maghreb, quizá debido a la existencia de un portador célebre, compañero del Profeta, que contribuyó a extender los territorios del islam en la región que es hoy Túnez.<sup>48</sup>

#### Comentarios finales

Por lo que respecta a la evolución que se ha producido en la atribución de los nombres árabes de la muestra, haré sólo algunos comentarios. En primer término, que las primeras unidades de esta lengua que aparecieron en los materiales reunidos son, para el género masculino, *Tariq* en 1950 y, para el género femenino, *Amina* y *Malika* en 1955. Diez años más tarde, el número de portadores de un ítem árabe supera los diez casos, niños y niñas juntos, pero todos son hapax (i. e. con una sola ocurrencia). Será hasta 1970 cuando la situación cambie ligeramente, ya que ese año se observan los dos primeros nombres femeninos atribuidos dos veces: *Fadila* y *Fatiha*. Entre los bebés del sexo masculino, hay que esperar el corte sincrónico siguiente, 1975, para encontrar algo más que hapax: se tratará de *Mohamed* (4 casos) —registrado por primera vez en ese momento<sup>49</sup>—, *Abdallah*/*Abdhalah* y *Rachid* (2 ocurrencias). Como se dijo anteriormente, entre las niñas las frecuencias anuales son menores que entre los niños: así, el nombre femenino más escogido de cada año alcanzó una sola vez 5 ocurrencias, mientras que esto sucedió durante tres periodos de doce meses con unidades masculinas. El número de estas últimas es no obstante mayor en los

<sup>48</sup> *Sultan Qaboos Encyclopedia of Arab Names, Dictionary...*, t. I, p. 810. Hay también un santo musulmán del siglo VIII. Cf. igualmente Dib (1995, p. 200) y Geoffroy (1991: 90).

<sup>49</sup> *Fátima* —sin acento en francés—, el nombre árabe femenino considerado por la mayor parte de la población como el más típico de este género, no apareció en la muestra más que en 1985, es decir, 10 años más tarde.

dos últimos años seleccionados para el estudio y, por lo tanto, la variedad de nombres masculinos distintos es más amplia. Desde 1985 el número de portadores de un nombre árabe se eleva a más de 100 casos —142 en este año preciso, 148 en 1990 y 157 en 1993—; hay que tener en cuenta, sin embargo, que el número total de nacimientos supera los 4 000 bebés en cada caso, así que la proporción de portadores de una unidad árabe se reduce a 3.55% o menos, según el año considerado. Éstos son los ítems que fueron escogidos al menos tres veces desde 1980 (se cuentan juntas las variantes gráficas):

1980		1985		1990		1993	
Mohamed 5		Karim 7	Anissa 3	Yassine 4	Maryam 4	Ilias 6	Myriam 5
Mourad 3		Mehdi 4		Hassan 3	Aïcha 3	Mohamed 5	Leïla 4
		Mohamed 3		Jamal 3	Sarah 3	Sofiane 5	Loubna 4
				Mehdi 3	Sophia 3	Amine 4	Sarah 4
				Mohamed 3		Yassine 4	Anissa 3
				Mourad 3		Mehdi 4	Ouafaâ 3
						Bilal 3	
						Hicham 3	
						Nourdine 3	
						Sami 3	
de 19	de 24	de 36	de 38	de 68	de 58	de 71	de 63
items	items	items	items	items	items	items	items

En este cuadro se puede apreciar más claramente la diferencia entre ambos géneros.

En segundo término, entre las unidades escogidas por parejas mixtas —más numerosas de lo que cabe suponer— o por padres que buscan no marcar demasiado fuertemente a sus hijos desde el punto de vista étnico, se observan las siguientes (sin tener la pretensión de elaborar una lista exhaustiva y solamente a manera de ilustración, tratando de incluir nombres que no hemos mencionado hasta aquí):

<i>Nombres femeninos</i>		<i>Nombres masculinos</i>	
Anna	Maria	Benjamin	Emile
Diana	Melissa	Daniel	Gabriel
Dora	Rachel	Eddy	Ismaël
Eva		Elias	Samy

Como se puede ver, se trata a menudo de ítems de origen semítico que existen en árabe o que son usuales en los países de habla árabe (aun a riesgo de parecer, a los ojos de la comunidad musulmana, “nombres de cristianos”, ya que son atribuidos sobre todo en el seno de las poblaciones cristianas del Cercano Oriente). Son también en general nombres comunes a varias lenguas (cognados) o transcripciones de nombres árabes escogidas seguramente porque pueden “pasar por” nombres europeos. Éste es el caso de *Eddy*, por ejemplo, hijo de un tunecino y una meridional, que heredó el nombre de su padre, *Hédi*, (Montpellier, 1980), o de aquellas *Diana* < /\*dijâna/ “virtud”, hija de sirios (Montpellier, 1985) y de una pareja franco-marroquí (Saint-Pons, 1985). O como los casos de *Jenna* < /\*ḥanâ/ “fruto recién cortado, éxito” (Montpellier, 1993), escrito como un derivado alemán del equivalente de *Juana*, portado por la hija de un argelino y de una madre de tradición musulmana nacida en el sur de Francia. O también de *Yannis* < /\*jânis/ < /\*anîs/ “compañero cortés” (Montpellier, 1993), transcrito como el equivalente griego de *Juan* y escogido por una pareja argelina a partir de su realización oral dialectal.

Y eso sin hablar de todos los niños que portan un nombre como *Ismaël*, *Linda*, *Nadia*, *Nora*, *Sabrina*, *Sonia*, *Sophia*, ya comentados. Este tipo de denominaciones *passe-partout* aparecieron en los materiales recolectados desde los años 1960, es decir, casi desde el principio del movimiento migratorio proveniente del Maghreb. Sería muy interesante poder comparar el estado de la nominación en los tres países de África del Norte con el que se refleja en nuestra muestra en la misma época pues los usos han evolucionado y, por ejemplo, el *corpus* antropológico árabe se ha extendido al admitir unidades tomadas de las lenguas indoeuropeas, sobre todo en Argelia. Por otra parte, es muy probable que la situación de inmigración haya tenido

una influencia considerable en la selección de nombres para los recién nacidos de la comunidad maghrebí instalada en Francia, fenómeno que forma parte del proceso de adaptación de todo grupo social migrante. Dicha adaptación se produce progresivamente en el seno de las dos comunidades, la maghrebí y la francesa igualmente. Así se observa que ciertos nombres frecuentes tienden a la fijación y a la normalización de su ortografía “en francés”. Es suficiente constatar, por ejemplo, que el proceso ya se ha completado prácticamente en un nombre como *Mohamed*: ésta es la manera de escribirlo “en francés”, según se desprende del análisis de la muestra estadística y de la encuesta sociolingüística realizadas en los mismos ocho municipios del Hérault.

Y la prueba de que no se trata solamente de una cuestión de transcripción sino de una verdadera integración a los hábitos lingüísticos de la lengua específica en que las unidades extranjeras van a circular, es que la ortografía de los mismos ítems de partida cambia según la lengua de la sociedad mayoritaria. Por ejemplo, /<sup>\*c</sup>â'îçâ/ será escrito *Aixa* en español y *Aïcha* en francés.<sup>50</sup> Algunas de estas unidades se volverán quizás un día verdaderos préstamos insertos en el uso de grupos sociales más extendidos, que sobrepasarán a la comunidad arabomusulmana. Esto no podrá ocurrir, por supuesto, más que con un número muy restringido de nombres —se observa desde ahora que el número de préstamos del inglés, por ejemplo, es muy limitado con respecto a la totalidad del léxico antroponí-

<sup>50</sup> La fijación de la ortografía depende también de la evolución sociolingüística y sociohistórica de los pueblos afectados. Así, por ejemplo, se encuentra el nombre *Aixa* escrito *Axa* desde la Edad Media en las canciones y poemas populares castellanos —como en el *zéjel* (forma de composición lírica hispanoárabe) *Tres morillas*—, en una época en que la lengua romance se hallaba en pleno proceso de formación (cf. Menéndez Pidal, 1941, pp. 44-45). En nuestros días, la *x* de *Aixa* es incluso un arcaísmo que data del periodo en que el español poseía el fonema /ç/. Al lado de estas transcripciones antiguas en la lengua, se encuentran otras que reflejan la vacilación en la forma gráfica que se observa actualmente en la escritura de los nombres árabes en francés, especialmente en las unidades que no dejaron huella profunda, (por ejemplo, en los textos literarios españoles), o que se han olvidado, o incluso que nunca tuvieron forma “definitiva” en esta lengua: *Laila/Layla/Leila/Leyla*. En este ejemplo se observa adicionalmente la influencia de la variación lingüística y dialectal de los arabohablantes mismos, variación que permite, como se ha dicho, una amplia gama alofónica en la realización de los fonemas vocálicos.

mico.<sup>51</sup> Pero se constata que la ampliación actual del *corpus* en el uso francés es tal que la comunidad lingüística en su conjunto admite de manera relativamente más fácil unidades “nuevas”, que provienen de lenguas muy diversas. Como ya queda dicho, el proceso es favorecido por factores extralingüísticos como el mestizaje y las representaciones que la comunidad y los individuos se construyen. Por el momento, parece buscarse el exotismo en materia de nombres más allá de las fronteras geográficas, raramente en el interior (con excepción de las unidades que provienen de una lengua de sustrato). Será, pues, necesario observar muy atentamente la evolución de los usos nominales, ya que es la perspectiva diacrónica la que mostrará la evolución que está hoy en proceso.<sup>52</sup> ❖

*Dirección institucional:*

*Dra. Yolanda G. López Franco*

*Universidad Nacional Autónoma de México. Campus Acatlán*

*Depto. de Francés, Centro de Enseñanza de Idiomas, ENEP Acatlán, UNAM*

*Av. Alcanfores y San Juan Totoltepec s/n, Santa Cruz Acatlán 53150*

*Naucalpan, Edo. de México*

<sup>51</sup> En nuestra muestra, menos de 7% de los portadores y menos de 10% de los nombres. El inglés es, sin embargo, la lengua que proveyó la mayor parte de los préstamos...

<sup>52</sup> Para terminar agrego solamente que no mencioné aún 6 unidades otorgadas por padres maghrebíes no registradas en ninguna obra a que se tuvo acceso: *Admir*, *Filliam*, *Wallis* (masculinos); *Childem*, *Chufa* y *Kathria* (femeninos). El primero puede ser un error en la transcripción de *Amir* < /\*'amîr/ “príncipe”, pero dado que la madre nació en la ex Yugoslavia, la hipótesis podría revelarse falsa (recuérdese que algunos nombres arabomusulmanes fueron absorbidos por las lenguas locales en los países que no fueron totalmente arabizados). El niño nació en Montpellier en 1985 y su padre es marroquí. *Filliam* y *Wallis* nacieron en 1993 en la misma ciudad de padres marroquíes y argelinos respectivamente; sobre el nombre *Filliam* no tenemos ninguna información; *Wallis* es cercano a un nombre que figura en la *Sultan Qaboos...* (*Treasury...*, t. IV, p. 2607), /\*walîs/ “vigoroso en la marcha, hábil en astucias”, pero la doble *l* de la transcripción es antietimológica; no tenemos, pues, la certeza de que se trate de la misma unidad. Por lo que respecta a las niñas, *Childem* es hija de tunecinos, declarada en la capital regional muchos años antes, en 1975. El único ítem registrado en la obra que se acaba de citar (*Dictionary...*, t. I, p. 941 y en *Treasury*, t. III, p. 1835) parecido a él es /\*'jaldûm, 'jaldam/ “el que tiene la palabra ruda o de gruesos labios”, pero se trata de un ítem masculino, por consiguiente, la duda permanece. *Chufa* podría provenir de /\*'awfa/ “la mirada puesta en una cosa para pulirla y adornarla” (Idem, *ibidem*, *Dictionary*, t. I, p. 968 y *Treasury*, t. III, p. 1851); la pequeña de Béziers que lo porta nació en 1993 de padres argelinos. Finalmente *Kathria* puede derivar de la raíz KTR “ser numeroso, pulular” de donde viene la palabra “abundancia” /katra/; así,

### Bibliografía

- BARBÉ, J.-M. (1994), *Tous les prénoms français et régionaux*, Luçon, Jean-Paul Gisserot (Guides Gisserot), 507 p.
- BESNARD, Ph. et Desplanques, G. (1995), *La cote des prénoms en 1996*, París, Balland (Guides Balland), 418 p.
- BIGET, J.-L. (1982), "L'évolution des noms de baptême en Languedoc au moyen âge, XI-XIV siècles", en *Cahiers de Fanjeaux*, núm. 17, Liturgie et musique, pp. 297-341.
- BLACHÈRE, R. (1985), *Éléments de l'arabe classique*, París, Maisonneuve & Larose, pp. 9 y ss.
- BOYER, H. (1995), "De la compétence ethnosocioculturelle", en *Le Français dans le monde*, núm. 272, abril 1995, pp. 41-44.
- COHEN, D. (1968), "Les langues chamito-sémitiques", en *Le langage*, dir. par A. Martinet, París, Gallimard, 1982 (Encyclopédies de la Pléiade), pp. 1288-1330.
- DIB, F. (1995), *Les prénoms arabes*, París, L'Harmattan, 212 p.
- DUBOIS, J., Guespin, L. et al. (1994), *Dictionnaire de linguistique et des sciences du langage*, París, Larousse (Trésors du Français), 514 p.
- GEOFFROY, N. et Y. (1991), *Le livre des prénoms arabes*, Lyon, Alif/Vivre l'Islam en Occident (Coll. Vivre l'Islam), 247 p.
- KOULOUGHLI, D. E. (1994), *Grammaire de l'arabe d'aujourd'hui*, [Inglaterra], Pocket (Langues pour tous, 3581).
- LÓPEZ FRANCO, Y. G. (2000), *Le prénom: situation onomastique et attitudes socioculturelles. L'exemple d'un corpus en Languedoc*, 2 vols., Lille, Presses Universitaires du Septentrion (Coll. Thèses à la Carte), 938 p.
- MALHERBE, M. (1995), *Les langages de l'Humanité. Une encyclopédie des 3 000 langues parlées dans le monde*, París, Seghers/Robert Laffont (coll. Bouquins), 1735 p.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. (1941), *Poesía árabe y poesía europea*, 6a. ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1973 (Austral, 190).
- NAKOS, D. y Poirier, J. (1988), "Considérations sur certaines façons de se prénommer à Québec", en *Nouvelle revue d'onomastique*, núms. 11-12, pp. 129-141.
- PIERRARD, P. (1987), *Dictionnaire Larousse des prénoms et des saints*, 2e. ed., París, Larousse (Références, 2.13), 323 p.

---

*Kathria*, adjetivo de relación (nisba), significaría "de la abundancia", lo que lo haría un nombre propiciatorio donde se manifiesta el voto parental, quizás incluso la constatación de un estado de cosas. La niña así llamada nació en el mismo municipio y durante el mismo año que *Chufa*; sus padres son también argelinos.

- SALA, M. et Vintilă-Rădulescu, I. (1984), *Les langues du monde. Petite encyclopédie*, trad. R. Vintilă. București/París, Editura Științifică și Enciclopedică/Les Belles Lettres, 476 p.
- SUBLET, J. (1981), *Le voile du nom. Essai sur le nom propre arabe*, París, PUF (Coll. Écriture), 208 p.
- Sultan Qaboos Encyclopedia of Arab Names. Treasury of Arab Names* (1991), 2 vols. + *Research Guide to the Study of Arab Names* (Mohammad Al-Zubair supervisor), Muscat/Beyrouth: Sultan Qaboos University/Librairie du Liban International Printing Press.
- The Encyclopædia of Language and Linguistics* (1994), (R. E. Asher & J. M. Y. Simpson, eds.), Oxford/Nueva York/Seoul/Tokio, Pergamon Press, vol. 6, p. 3050.